

Gernika el día después

27 de abril de 1937

“Esa noche me senté fuera y podía ver toda la villa de Gernika y los fuegos que cada vez eran más grandes. Mi padre estaba sentado en la campa que había sobre la casa, observando el fuego. Me senté a su lado. Vimos las llamas crecer constantemente, ascendiendo hacia el cielo. Pero mi padre no dijo nada hasta que la luna empezó a salir por detrás de los montes. “Hoy la luna será roja”, dijo. Miré a la luna y después me detuve de nuevo observando los fuegos. Estuvimos sentados allí durante mucho tiempo y éste es uno de los últimos recuerdos que tengo de él. Murió dos meses después. Los fuegos todavía ardían cuando nos acostamos. Y la luna estaba roja”.

Así recordaba Pedro Gezuraga aquella noche.

La mañana del 27 de abril, mientras desayunaban en el Hotel Carlton, los reporteros internacionales que habían estado en Gernika escuchaban Radio Sevilla. Para su sorpresa, desde Burgos y también desde Roma y Berlín se negó que Gernika había sido bombardeada. Y, recordaba Noel Monks, “luego cayó la última gota, ésta para mí. Estábamos sentados alrededor de una radio en la sede de la presidencia escuchando al general Queipo de Llano haciendo una de sus viles referencias a las mujeres de Madrid, diciéndoles, en detalle, lo que podían esperar de los moros. De pronto pasó a Gernika. ‘Ese señor Monks’, dijo con voz ronca, ‘no creo lo que ha escrito de Gernika. Todo el tiempo que estuvo con nuestras fuerzas estaba borracho”.

Los reporteros no le dieron importancia, pero a los pocos minutos Monks recibió una llamada de Londres. Era el director del *Daily Express*, Lord Beaverbrook: “Queipo de Llano dice que los rojos dinamitaron Gernika en su retirada. ‘Por favor, verificar lo más pronto posible. Por favor, ¡verificar!’. Aquello sentó como una bomba: Nos trataron de desacreditar como mentirosos”, escribió Monks.

Y los tres reporteros, George Steer, Mathieu Corman y Noel Monks volvieron a Gernika al amanecer. La villa estaba gris y nublada y los focos de fuego humeante aún ardían. Tardarían tres días en ser sofocados. Monks había sido reportero en la Guerra de Abisinia, pero lo que vio aquella mañana sombría le impactó para el resto de su vida. Cadáveres mutilados y desgarrados, algunos quemados, otros acribillados por las balas, Gernika estaba impregnada de un terrible olor a carne calcinada. “Un espectáculo que me acosó durante semanas -escribiría posteriormente- fue el de los cuerpos carbonizados de cincuenta mujeres y niños amontonados en lo que había sido el sótano de una casa”.

Tal como señaló el gudari Juan Sistiaga, aquella mañana, lo más duro para la gente era no saber si sus familiares estaban vivos o muertos, y vagaban en silencio, buscándolos entre las ruinas de lo que habían sido sus hogares, mientras trataban de digerir la angustia y el temor de encontrarlos muertos. Muchos nunca los encontrarían, ni tan siquiera sus cuerpos. Algunos, como Federico Iraeta, no pudieron dormir. “Busqué entre los cadáveres que estaban fuera de la villa y que todavía no habían sido retirados. Había muchos. Algunos estaban tumbados boca arriba, con los ojos abiertos; les di la vuelta para que no se vieran tan horribles. Ni mi esposa ni mi hijo estaban entre ellos. Entonces empecé a mirar por todos los refugios donde aún se oía a la gente y se sabía que seguían vivos. Fui al refugio de Andra Mari y comencé a buscar entre los escombros. Entonces vi algo que se movía. Eran unas piernas humanas. Parecían las piernas de una niña. El resto del cuerpo había quedado atrapado bajo enormes montones de piedra y ladrillo. Era imposible hacer nada. Cuando me di cuenta de todo esto, me di la vuelta y eché a correr. No podía seguir la búsqueda. No podía soportarlo más”. Cuando Carmen Zabaljauregi pasaba por delante de lo que había sido el restaurante Iruña, se detuvo. En medio

del silencio que reinaba en Gernika, “pudimos oír unos gemidos que procedían de un edificio en ruinas. Todavía había gente viva allí. Aquello era horrible, peor aún que el propio bombardeo”. Francisca Arriaga también recordaba que “oía los gritos que provenían de los refugios. Todavía había algunas personas con vida, bajo los escombros. Había montañas de material sobre ellos. Habría sido imposible sacarlos. Preferiría morir que vivir ese horror una vez más”.

Los gudarís, tratando de rescatar a las personas que habían sido enterradas con vida y recuperando los cuerpos o los fragmentos de cuerpos de las que habían muerto, estaban rodeados de los familiares de estas personas que los apremiaban, gimiendo, llorando, rogando. Habiendo trabajado toda la noche, tenían los nervios destrozados y a algunos se les habían desgarrado las uñas o quemado las palmas de las manos; y Monks los vio llorar de impotencia. Uno de ellos era Sabin Apraiz. “Fui al refugio de la calle Andra Mari que se encontraba totalmente cubierto por los escombros. El fuego ardía muy cerca, pero la gente se esforzaba desesperadamente por sacar a los que estaban atrapados. Me uní a los que trabajaban, pero era desesperante. Oíamos a la gente bajo los escombros, los cuales nos llamaban y gemían, y trabajábamos todo lo que podíamos. Pero había demasiados restos sobre ellos y el fuego se aproximaba. Al final tuvimos que abandonarlos”. Murieron cocidos bajo las ruinas, en una total oscuridad. Habían transcurrido más de doce horas desde que el último avión abandonó Gernika.

Frente al humante hospital del Asilo Calzada se habían alineado los cuerpos de 42 gudarís y diez enfermeras. “No tuvieron oportunidad alguna”, escribió Monks. Andresa Idoiaga buscaba a su hermano. Fue al hospital pero no estaba allí. Buscó “entre los cadáveres esparcidos por toda la villa”, pero muchos de ellos habían sido recogidos y trasladados al cementerio. Andresa Zumeta, vio las “filas de cuerpos alineados allí. Algunos eran fáciles de identificar, pero otros no. Recuerdo a una mujer alta de Arratzu a quien había conocido muy bien. Al principio pensé que llevaba guantes. Pero el color púrpura se debía a que había muerto por asfixia”. Más tarde esa mañana alguien le dijo a la suegra de Idoiaga que habían visto a su yerno entre los muertos. “Entonces, ella sola, fue a su casa, tomó un carro y fue al cementerio. Lo trajo a nuestro pequeño pueblo y lo enterramos allí”.

Por efecto de las explosiones, gran parte de la metralla, cascotes y restos humanos habían sido expulsados con fuerza hacia arriba, por lo que partes de estos cuerpos colgaban de los árboles u otras zonas altas de las estrechas calles del centro urbano y de las ramas de los árboles; otros fragmentos se habían adherido a las paredes o simplemente yacían esparcidos por el suelo. El padre Pedro Mentxaka recordaba que “las tejas, los restos de vigas humeantes mezclados con miembros de cuerpos destrozados (2.000 personas) formaban un cuadro que superaba el infierno de Dante”. Se ordenó recoger los restos humanos, con cestos, y quemarlos en la plaza de San Juan Ibarra, que ofrecía un aspecto macabro.

Los caminos estuvieron durante todo el día ocupados por largas colas de refugiados que llevaban consigo las pocas pertenencias que habían podido salvar de las llamas. Iban en dirección a Bilbao, algunos de ellos con la esperanza de reencontrarse allí con sus seres queridos. Muchos de ellos serían ametrallados por los aviones de caza durante el camino. Felisa Urgane era una de estas personas. Tenía cuatro hijas. Cuando abandonaba Gernika con tres de sus hijas se oyeron algunos disparos “y un gudari se ofreció a ayudarme llevando a mi hija menor al otro lado de la calle. Mientras cruzaban, fueron ametrallados y ella recibió un balazo en la pierna. Sangraba profusamente. La tomé en mis brazos y traté de consolarla hasta que trajeron una camilla. Se la llevaron y procuré seguirlos, pero las calles estaban llenas de obstáculos. No podía mantener el ritmo y en la confusión perdí a una de las chicas. Estaba fuera de mí. Quería seguir con mi hija herida, pero también quería encontrar a la que se había perdido. La busqué desesperadamente pero no pude dar con ella. Al fin tomé el camino de Lumo, tratando de encontrar a la que había sido herida. Vi la camilla y corrí hacia los gudarís pero ellos cubrieron el rostro de mi hija. No me dejaron verla. Así tomé el camino de Bilbao con la única hija que aún estaba conmigo. Me sentía totalmente confusa. Dos meses más tarde la encontramos. Mi otra hija había muerto, identificamos su foto en una oficina en Bilbao”.

I saw the German planes bomb Guernica



by
NOEL MONKS
Daily Express Staff Reporter

I AM just back on leave from Bilbao—and Guernica.

Six people already have asked me: "Who DID bomb Guernica?"

I will swear to it that Franco's German aviators bombed Guernica, and that they killed 1,000 civilians.

WHEN Franco hastened to deny that his German planes had wrecked the ancient Basque capital, he was trying to make liars of the three accredited war correspondents who were on the spot.

Another London newspaper correspondent, Reuters' correspondent and myself. He tried to tell us that we DIDN'T see thirty German Junker bombers flying towards Guernica at four o'clock on the afternoon of April 26. Just ten minutes before, according to the stories the survivors told us later, they swooped

on the defenceless town. Franco told the world there were none of his planes up that day, because of bad weather.

I'm telling the world now that there were. I saw them. My two colleagues saw them. Six thousand inhabitants of Guernica saw them. And Monday, April 26, was the sunniest day of all I spent on the Basque front.

I'm not calling Franco a liar. Maybe he didn't know the Germans were up. Franco's German allies of the air work independently of Salamanca. I think their share of Guernica was done entirely of their own bat.

I WAS among the ruins of Guernica one hour after the raiders had done their work. I wandered all over them, as far as I was able; the whole town was in flames.

I saw bodies in the fields spotted with machine-gun bullets. I interviewed twenty or thirty survivors. They all told the same tale. Those who could speak. Some of them could only point skywards, put their hands over their ears and rock to and fro in terror.

I went back to Bilbao and wrote my story. I was back at Guernica at day-break. I saw 600 bodies: Nurses, children, farmers, old women, girls, old men, babies. All dead, torn and mutilated. Basque soldiers were getting the bodies from the wreckage, many of them weeping. I came to what had been an air-raid shelter. In it were the remains of fifty women and children. A bomb had dropped right through the house into the cellar.

Does Franco expect the world to believe that fifty women and children fled into an air-raid shelter when their house was mined? Or trapped themselves below there while the house above them was set alight?

I WENT back to Bilbao and wrote another story. Just what I had seen. Just as I would have written it if it had been a Franco town in ruins.

Then, next day came the cable from my office, reproduced above. I read it three times before I was convinced that it was serious. My two colleagues who had been with me at Guernica, received similar messages. We took them to Foreign Minister Menchaca. I'll never forget the look on his handsome face.

He shrugged his shoulders. "Gentlemen—what can I do for you? You saw really more than I or any member of my Government. Go back to Guernica, talk to whom you like. There will be no censorship today."

We all three went back to Guernica. We searched the ruined town and surrounding countryside. One of my colleagues found three dud incendiary bombs. They were German bombs, branded with the German eagle. We were more convinced than ever that the Germans had destroyed Guernica—if we needed anything more convincing than what we saw with our own eyes at four o'clock on the afternoon of April 26.

I cabled the office the details required, that the German

bombers we had seen near Guernica were of the heavy Junker 52 type with engines of the Heinkel 51 type. That has never been denied.

I'M waiting now for Franco to produce evidence that the Basques destroyed their own ancient capital and murdered their own women and children. Franco has had what is left of Guernica for ten days now. I'm waiting for the "personally conducted tour" of Guernica by correspondents with Franco's forces. How well do we know these tours? I was with Franco's forces when he took Malaga. I waited for three days outside the city, with other journalists, while the Press officers went in and did a little "arranging."

Not one journalist was allowed inside Malaga until three days after it was captured. The only journalist who stayed in there until Franco came in was arrested. He is still in jail at Seville.

We correspondents at Bilbao were in Guernica before representatives of the Government were there. We went alone. The journalist who moves a single kilometre alone in Franco's territory is jailed at once or expelled.

AND now I'll give you a personal reason why you should not take much notice of what Franco's mouthpiece, bull-throated General Queipo de Llano, says. Speaking from Seville the other night, on a further denial of the Guernica outrage the general said:—

"That General Noel Monks. He's a drunkard. He was drunk all the time he was with our forces."

Fact is, I'm a teetotaler. Have been all my life. Ask any one who knows me. But don't ask me who bombed Guernica. I might take to drink.

Noel Monks

Al mediodía, Monks volvió a Bilbao y escribió su artículo. Conocía Gernika. Había estado allí un día antes del bombardeo comiendo con unos amigos. Uno de ellos estaba preocupado porque alguien le había dicho que el Papa excomulgaría a los vascos que no se habían posicionado con Franco. Pero -escribió Monks- su ansiedad había cesado "cuando lo vi al día siguiente. Estaba tendido a pocos metros de lo que había sido su casa, como una masa irreconocible, enmarañada, de carne humana. Una mano se aferraba a lo que parecía ser un montón de harapos. Su esposa había estado dentro de esos trapos cuando las bombas comenzaron a caer. Y pedazos de ella estaban esparcidos sobre los adoquines".

Tal como informó Monks para *Paris Soir* y el *Daily Express*, "acabo de volver de Gernika. Puedo jurar que los aviadorez alemanes al servicio de Franco bombardearon Gernika. Vi cuerpos en los campos, alcanzados por balas de ametralladoras. Vi 600 cadáveres. Enfermeras, niños, labriegos, ancianas, niñas, ancianos, bebés. Todos muertos, destrozados y mutilados". Y exigió a Lord Beaverbrook que su artículo fuera publicado con una reproducción del telegrama en el cual figuraba la negación de Franco y que se reprodujera su firma autógrafa, de puño y letra, para que el mundo supiera que decía la verdad porque, simplemente, había descrito lo que había visto.

Pero, a pesar de todo, hay quien sigue repitiendo hoy la misma vieja mentira de entonces, que en Gernika murieron menos de 1.654 personas. Y cada vez que lo hacen, Queipo de Llano se ríe desde su tumba.

Xabier Irujo